

EL ECO DEL ÁGUEDA.

REVISTA SEMANAL ARTÍSTICO-LITERARIA.

DIRECTOR

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

EDITOR PROPIETARIO: ANGEL CUADRADO.

REDACCION, ADMINISTRACION É IMPRENTA PLAZA MAYOR, NÚMERO 20.

EN CIUDAD-RODRIGO UN TRIMESTRE 6 RS., FUERA 7 IDEM, SEIS MESES 12 IDEM, UN AÑO 22 IDEM.

SUMARIO.—I. *El rapé y el tabaco*, M. B. Carrion.—II. *¡Mas, siempre mas!*, Dionisio J. Delicado y Rendon.—III. *¡Ya es tarde!*, Antonio Jimenez Verdejo.—Noticias.—ANUNCIOS.

LITERATURA.

EL RAPÉ Y EL TABACO.

Me encuentro en este instante en el café. No sé qué hacer, porque tengo que hacer mucho y fijo mi atención en lo que ménos me importa. Costumbre es esta muy mia, y no me causa extrañeza por consiguiente.

En la mesa inmediata á mi derecha hay un viejo que acaba de tomar chocolate y que en este momento se recrea sorbiendo rapé.

A mi izquierda veo un jóven que ha tomado café y que saborea con delicia un cigarro. Hé ahí dos hombres entregados á un vicio muy semejante, casi idéntico, puesto que para él se hace uso de la misma materia; ¡pero qué diferente en realidad!

El rapé y el tabaco simbolizan á mis ojos el pasado y el presente, la idea antigua y la nueva, la oscuridad y la luz, el despotismo y la libertad.

Esto matará á aquello.

Aquello es el rapé; *esto* es el tabaco.

Y la predicción se ha cumplido: el rapé agoniza, mientras su enemigo le sustituye dominando con más fuerza que él y echando raíces más profundas.

Y la verdad es que tiene una razón de ser poderosísima. El rapé está en abierta oposición con el espíritu del siglo, espíritu destructor, amante del fuego, de todo lo que tenga vida y movimiento, condiciones que reúne el tabaco y de las cuales el rapé carece.

Porque, aun suponiendo que el rapé te agra-

de, lector querido, no podrás ménos de confesar que el tomarle es un vicio tonto, sin ninguna condicion artística, sin nada que halague á la vista ni al paladar, mientras el tabaco te proporciona sabor, malo ó bueno, segun que te guste ó no, pero á lo ménos te sabe á algo. Y en cuanto á recrear la vista, ahí tienes esas bocanadas de humo que te fingen imágenes encantadoras, espirales fantásticas, vaporosas nubes que cambian de color y de forma á medida que se deshacen.

En cambio, ¿qué recreo puede producirte el rapé? Ataponarte las narices, sintiendo una picazon nada grata y que dejas de sentir en cuanto te acostumbras á ese vicio. Esa es la única impresion que proporciona; estornudos para principiar y al cabo ni siquiera estornudos.

Pero como si el rapé te gusta, por más que te predique continuarás sorbiéndolo como hasta aquí, renuncio á convencerte de que el tomarlo es un vicio estúpido, y con doble motivo al recordar que no es ese el objeto de estas líneas.

Dije ya que para mí el rapé simboliza la idea antigua y el tabaco la nueva, y hay para ello una razón que salta á la vista.

Figuráos un señor de principios de este siglo, y pintáoslo con su peluca de bucles y coleta, afeitado, con casaca, chupa, calzon corto y zapato con hebilla. ¿No basta este traje para que podais asegurar en qué época vive? No basta, no; le falta á esa figura un detalle característico, de primera necesidad, un objeto pequeñísimo pero de gran importancia, un objeto que simboliza la época. ¿Sabeis cuál es ese objeto? ¡La tabaquera, la caja de rapé!

Ni las sillas de Vitoria sobre la estera blanca

de Valencia, ni las cortinas de Barragan y el clásico brasero, ni el sillón de baqueta claveteado, ni el niño Jesús de cera vestido de raso azul y encerrado en una urna, ninguno de esos objetos que solos ó reunidos representaban aquellos *felices* tiempos, los simbolizan como una simple caja de rapé.

¿Os podeis figurar á vuestro abuelo con las narices virgenes de tabaco en polvo? Es imposible.

?Y podeis figuraros á un jóven de nuestros dias sorbiendo rapé? Me parece tan imposible como aquello. Aún nuestra generacion conoce muchas personas que lo toman, como conoce muchas que sostienen las ideas viejas; pero la generacion que sustituya á la nuestra habrá dado al traste con el rapé y con las ideas que representa.

Hoy una tabaquera junto á una petaca parece un anciano al lado de un mancebo.

En este momento que veo fumando á ese jóven y sorbiendo rapé á ese viejo, si tuviera que explicar mis ideas en un grito, en vez de exclamar: ¡Abajo el despotismo! ¡Viva la libertad! Diria:

¡Muera el rapé! ¡Viva el tabaco!

M. R. CARRION.

¡MAS, SIEMPRE MAS!

Crescit amor nummi quantum ipsa pecunia crescit
et minus hanc optat, qui non habet.

Perico Sotillo era un pobre pastor de vacas, que se hallaba muy mal con las abarcas de cuero, el sayo de paño burdo, la caperuzá y el nudoso cayado. Cuando veía pasar por el valle, donde apacentaba su ganado, al señor de la comarca, ginete en un soberbio alazan, cubierto de seda y pedrería, seguiale con los ojos, y lleno de envidia lanzaba un profundo suspiro. ¡Ah! pensaba, ¡si yo fuera escudero en vez de pastor, si mi cayado se trocára en espada y mi zurrón en escarcela, seria feliz, no ambicionaria más! Pero la fortuna es una loca de atar, que reparte sus dones caprichosamente. Para unos, las monterias, los torneos, el vino añejo, las viandas exquisitas; para otros, la soledad, el frío, la lluvia y el pan negro. Decididamente, ¡la fortuna no sabe lo que se hace!

En estos pensamientos se ensimismaba Perico de tal suerte, que muchas veces le sorprendía la noche sin haber recogido las vacas para llevarlas al establo. Semejante conducta causaba gran extrañeza á su perro Leal, que mirándole de hito en hito, le ladraba como para decirle ¿á qué aguardamos? Entonces Perico reunía su rebaño y lo conducía á la aldea, no sin haber dado antes un puntapié á Leal, víctima inocente en quien desahogaba su mal humor.

Luego que dejaba las vacas en el establo nuestro

pastor, cenaba y marchaba á acostarse; pero no dormia en toda la noche, porque las patatas que constituian su cena y el monton de paja que le servia de lecho, le hacian pensar en los tasajos de venado y jabalí que engullian los hombres de armas, en los mullidos colchones sobre que dormian á pierna suelta.

La ambicion de Pedro se irritaba y crecia á medida que era menos realizable; y el afán de salir de su miserable condicion se apoderó de él hasta el punto de que produjo una mudanza radical en su carácter. De alegre, franco y bondadoso que era en un principio, tornóse taciturno, reservado y brusco. La risa huyó para siempre de sus lábios; su mirada adquirió algo de sombrío y su rostro, antes fresco y sonrosado, se contrajo y palideció. Pedro evitaba la compañía de los demás pastores del lugar, respondia con aspereza á sus preguntas, y rehusaba tomar parte en sus bailes y diversiones.

No pasó desapercibido este cambio para el confesor de Perico. Fray Diego Lopez de Chaves, abad del monasterio de Sancti-Spiritus, que se levantaba no lejos de la aldea, era hermano del señor de la comarca y gozaba del amor de todos los vasallos del señorío, para quienes era un verdadero padre. A él acudian por limosnas y consejos los necesitados, y jamás se volvian sin lo uno ú lo otro. Fray Diego era un sacerdote modelo, un digno ministro de la religion, en quén concurrían todas las virtudes cristianas. Habia comprendido su mision, y por espinosa y difícil que fuera, procuraba llenarla hasta donde alcanzan las fuerzas del hombre.

Advertido del estado moral de Perico Sotillo, en más de una ocasion hubo de demostrarle que las riquezas no constituyen la felicidad, y que los ricos son más desgraciados que los pobres, porque tienen más necesidades que satisfacer. Si, hijo mio, concluía, la pobreza no consiste en carecer de todo, sino en desear mucho; el rico es aquel que nada ambiciona; no el que posee mucho.

—Padre, contestaba Perico, decid cuanto queráis, pero si yo fuese escudero en vez de pastor, seria feliz.

—Te engañas, replicaba el sacerdote, si fueses escudero, desearías ser caballero; si fueses caballero, desearías ser señor; si fueses señor, desearías ser príncipe.

—No; os aseguro que no. Si fuese escudero, no ambicionaria mas.

—Quiero probarte lo contrario. Vas á ser escudero. Mi hermano D. Gonzalo es el señor del país; voy á rogarle que te admita entre sus hombres de armas; pero acuérdate de mis palabras: ¡llegará un dia en que ódiés la vida de escudero tanto como hoy la de pastor!

* *

Han pasado algunos años. *Perico Sotillo* no es ya el miserable ganadero del viejo sayo de jerga, del nudoso cayado; es *Pedro de Soto*, el más apuesto escudero del conde de Cereceda. Cabalga una fogosa yegua africana, cuya manchada piel y veloces movimientos traen á la memoria las panteras del desierto; viste una ropilla negra, ceñida por un cin-

furon de cuero rojo; ha cambiado la caperuza de pastor por un gracioso bonete de terciopelo, y su antiguo zurrón se ha convertido en una rica escarcela, á la que hace compañía una daga de Milan.

Nuestro gallardo ginete marchaba á cumplir una orden de su señor, y al pasar junto á la puerta del monasterio de Sancti-Spiritus, saludó respetuosamente á un monge de venerable aspecto, que se paseaba por el atrio, leyendo en su libro de horas.

El fraile, que no era otro sino fray Diego, levantó la cabeza para corresponder al saludo y vió á Pedro. ¡Hola! exclamó entonces cerrando el breviario. ¿Sois vos? ¿y qué tal os vá, hijo mio?

—Bien, padre, muy bien. Gracias á vos soy escudero, estoy contento; y el doncel acompaño su respuesta con un suspiro.

—¿Es eso cierto? ¿Nada deseas? ¿Por qué suspiras entónces? Leo en tus ojos que estás mintiendo.

—Pues bien, si, fray Diego. ¿Por qué he de ocultarlo? Deseo algo aún.

—¿Y qué es ello? preguntó el monge sonriendo melancólicamente.

—¿No habeis reparado que cabalgo sin espuelas?

—¡Hola, hola! ¡quieres ser caballero! No es poco lo que pides, pero tampoco es imposible que lo alcances. Nuestro señor el rey marcha contra los moros; tú amo le acompaña y tú llevas el pendon de los Chaves.

Si Dios te preserva de la muerte, en esta guerra podrias ganar lo que pretendes.

—¡Esa es mi esperanza! ¡Si llegase á merecer que me armaran caballero, sería feliz, padre mio!

—Temo que no, Pedro de Soto; cuando eras pastor asegurabas lo mismo si llegabas á ser escudero; ya lo eres, y, sin embargo, confiesas que no estás contento. Cuando seas caballero te sucederá igual.

—Yo os digo que no, fray Diego; creedme, no ambicionaria más.

—Te engañas, Pedro, te engañas; tú lo has de ver, porque espero en Dios que te harán noble y caballero.

—¡Así sea! contestó el doncel; y despues de recibir la bendición del buen monge, despidióse rogándole que no le olvidara en sus oraciones.

* *

El vencedor estandarte de la cruz tremóla sobre los alminares de Córdoba y Sevilla

Pedro de Soto vuelve al suelo natal en compañía de su señor el conde de Cereceda, pero ya no es villano, ya no es escudero, es D. Pedro de Sotomayor, porque el rey Fernando III le ha concedido una ejecutoria de nobleza y le ha armado caballero en premio de sus hazañas.

Fray Diego de Chaves hizo un solemne recibimiento á los adalides cristianos que voivian al hogar, cargados de laureles. Las puertas del monasterio se abrieron dejando paso á aquellos hombres que corrían á arrodillarse al pié de los altares, para dar gracias al Dios de las batallas que les habia concedido la victoria.

Apenas concluyó el *Te Deum* que los monges entonaron por el triunfo y feliz regreso del conde, el

abad trabó del brazo á Pedro, y le dijo:—Ya se han cumplido vuestros votos, Pedro, ya calzais espuelas. ¿Estais satisfecho?

—Si, padre, lo estoy y á vos os lo debo. Nunca lo olvidaré; no permita Dios que caiga en el vil pecado de la ingratitud, contestó el novel caballero.

—Dejemos eso, hijo, prosiguió el abad, no ha sido mi intencion recordaros que os dispensé un beneficio, si así llamais á lo que yo hice. Quisiera saber si efectivamente estais contento, si la ejecutoria que os ennoblece y la orden de caballería que os han conferido, han llenado vuestras aspiraciones.

—Si, os doy mi palabra de honor; estoy contento.

—Eso me regocija. ¡Es decir, que nada deseais!

—Perdonad, contestó Sotomayor; soy noble, soy caballero, pero ¿de qué me sirven esos pergaminos?

¿De qué me sirve mi espada, si para no pedir limosna me veo obligado á ponerla al servicio de un señor? Soy caballero, pero tengo que vivir como un almogavar; soy noble, pero tengo que sufrir el desden insolente de los que miran más mis armas que mis heridas... Si yo poseyera un feudo, si yo fuera dueño de un castillo, si tuviera tierras y vasallos, viviria como cumple á mi estado y humillaria á esos hidalgos orgullosos que no me alargan la mano porque su ejecutoria tiene trescientos años más que la mia, esto es, porque hace trescientos años un su abuelo, plebeyo como yo, fué ennoblecido como yo.

—¿Lo veis, Pedro, lo veis? Hé aquí lo que os tenia pronosticado; cuando seais escudero, querreis ser hidalgo; sereis hidalgo, y suspirareis por un señorío. ¡Este es el espíritu humano, siempre anhelante, nunca satisfecho! Cuando seais señor, deseareis ser rico-hombre.

—¡Oh! no, os lo juro por mi fé. ¡Si poseyera un dominio, por pequeño que fuese, me bastaria para ser feliz!

El monge se sonrió incrédulamente. Pedro, dijo á Sotomayor, tened cuidado, hijo mio; os habeis lanzado en una senda muy pendiente y resbaladiza. El germen de la ambicion que fermentaba en tu pecho, va creciendo á medida de tu elevacion, y sino lo ahogas á tiempo, despertaras todas las malas pasiones que dormian en tí. Ya ha dado lugar á que odies á tu prójimo y á que acaricies proyectos de venganza. Créeme, contentate con lo que posees.

—Padre, no ambiciono más que un señorío; ¿podrá decirse que es un deseo desordenado? ¡Si lo alcanzara, no pediria más!

—¡Dios lo haga! pero no lo espero; el tiempo se encargará de desmentir tus protestas, porque el corazon me asegura que conseguiras el señorío.

* *

Pocos años más tarde, un lugar de behetría eligió por su señor á Pedro.

La alegría que este suceso causó á nuestro héroe no tuvo límites; ya podia tratar de igual á igual á los nobles más orgullosos, tenia un castillo, vasallos, hombres de armas, y su blason estaba grabado sobre los mojones de piedra que limitaban una extension de tres leguas cuadradas.

Durante algun tiempo vivió tranquilo y feliz. —Tengo lo que deseaba, se decia, no ambiciono

más; sería tentar á Dios. Verdaderamente sería un ingrato si me quejase de la fortuna. Yo que cuando era pastor la acusaba de loca, me veo obligado á confesar que lo ha sido solo para protegerme.

Este razonamiento era sin duda muy sensato; pero bien pronto cedió á las sugerencias de la codicia. Pedro pensó que en lugar de ser feudatario del conde de Cereceda, á quien pagaba pecho la behetría, podía ser independiente y no reconocer otro vasallaje que el que debía á la corona. Sin embargo, la idea de que pudiera tachársele de ingrato le detuvo en el proyecto de rebelarse y negar el feudo á aquel á quien debía su fortuna. Pedro era bueno aún; la ambición no había sofocado todavía los sentimientos generosos de su alma, y reflexionando sobre la acción que se había propuesto ejecutar, vió que era infame, se arrepintió de haberla intentado un solo instante.

Entonces recordó los consejos y predicciones de fray Diego; fué á buscar al convento, y apenas se halló en su presencia, le dijo:—Padre mio, teniais razon cuando me asegurabais que no hallaría la felicidad en el señorío. Soy señor, y, sin embargo, no estoy contento aún; deseo más. Decidme si podré ver satisfechos mis deseos. ¿Hasta donde llegarán? ¿Cuándo, cómo seré feliz?

—¡Satisfacer tus deseos! exclamó el monje; es imposible, si cada día tienes uno nuevo. ¿Hasta dónde llegarán? hasta lo infinito. Satisfecho el de hoy, nacerá otro mañana; y si llegarás á ser dueño de la tierra, aspirarías á gobernar el cielo. ¿Satisfacer tus deseos! no es ese el camino que conduce á la felicidad. En vez de ahogarla, quieres satisfacer la ambición, que es insaciable; ¡tanto valdría que pretendieses apagar una hoguera arrojando aceite en ella de cuando en cuando! renuncia á tus deseos, y no tendrás que satisfacerlos. Así serás feliz.

—Pero los deseos en algun punto deben terminar, replicó Pedro, que ¿no cesarán nunca? ¿no hay límite para ellos?

—Si que lo hay, contestó el monje; lo hay y voy á mostrarte cuál es. Escucha:

«Hubo en la antigüedad dos hombres igualmente grandes, pero de muy distinta condicion y opiniones. Era el uno, un poderoso á quien los reyes se sometían como esclavos, y poseía todos los tesoros de la tierra. El otro era un miserable de quien se burlaban sus compatriotas y no tenía mas casa que un tonel. El uno se hacia adorar como Dios; el otro no se enojaba porque le llamasen *perro*. Uno se llamaba Alejandro, el otro Diógenes.

Pues bien, el emperador quiso colmar de favores al filósofo y fué á visitarle á su tonel. Yo soy, le dijo, señor del mundo, todo lo puedo y quiero concederte lo que me pidas. Por grande que sea tu ambición, es más grande aún mi poder; pídemelo algo, habla, dí lo que desees: *¡Que no me quites el soll!* contestó friamente Diógenes. Efectivamente, Alejandro interceptaba con su cuerpo el rayo de sol que penetraba en el tonel y calentaba al filósofo. Diógenes era feliz porque nada ambicionaba.

—¿Y Alejandro, padre mio, preguntó Pedro, aquel monarca tan poderoso, no era feliz quizas?

—Espera aún. Alejandro llegó un día á las puertas del paraíso y quiso penetrar en él, pero el ángel que las guardaba se lo impidió. En un principio, Alejandro se enfureció; empleó mandatos y amenazas; luego, viendo que nada lograba por tales medios, se valió de la persuasión, de los halagos y hasta de las súplicas, pero inútilmente, porque el ángel permanecía inflexible cerrándole el paso.

—Puesto que no quieres dejarme entrar, dijo el macedonio, dame al ménos ¡oh ángel! algo que pruebe que he estado á las puertas del paraíso. El ángel le dió entonces un pedacito de hueso y desapareció.

—¡Oh! pensó Alejandro; se está burlando de mí; me ha dado un fragmento de un cráneo, y fué á arrojarlo al suelo, pero un sábio de su comitiva le detuvo diciéndole: Señor, ese hueso que tú desprecias, tiene un valor inmenso. Haz que lo pesen con el oro, la plata y todas las riquezas del mundo, y verás como pesa más que ellas.

Alejandro quiso ver aquel prodigio; mandó traer una balanza, y en uno de los platos colocó el huesecillo, en el otro una enorme cantidad de oro. El plato que contenía el oro se elevó, como si careciese de peso. Añadióse más oro aún, pero, no obstante, el plato que contenía el huesecillo permaneció sin movimiento.

—Es increíble, dijo Alejandro, que ese pedazo de hueso pese más que esta enorme masa de metal. ¿No hay nada en el mundo que haga subir el plato en que se coloque?

—Si, le contestó el sábio, añadiendo peso al huesecillo subirá.

—¿Te burlas? dijo Alejandro.

—No tal, replicó aquel, vedlo, y tomando un puñado de tierra la arrojó sobre el hueso. El platillo se elevó entonces velozmente.

—Explicame este misterio, dijo Alejandro maravillado.

—Este hueso, señor, contestó el sábio, es el que encierra el ojo humano, insaciable en sus deseos. Cuanto más posee el hombre, más desea.

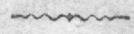
Ni el oro, ni la plata, ni los honores, ni los placeres pueden satisfacerle durante su vida; solo la muerte ocultando sus huesos bajo un poco de tierra, concluye con su ambición.»

.....

Quando fray Diego terminó su historia, Pedro de Sotomayor, que había estado escuchándole atentamente, exclamó conmovido:—¡Os he comprendido, padre mio! Pretendiendo satisfacer todos mis deseos, no lo hubiera conseguido jamás, jamás hubiera sido feliz. Diógenes tenía razon, *la verdadera felicidad consiste en estar contento con lo que se tiene y no desear nada más.*

Cuenta la tradicion que D. Pedro Sotomayor volvió á ser vaquero y á llamarse Perico Sotillo.

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.



POESÍA.

¡YA ES TARDE!

Entre una alameda
que se alza gigante
rozando del cielo
los blancos encajes;
al pié de un castillo
de mármorea base
y junto á un arroyo
que baña jarales
y salta entre rocas
y rueda hasta un valle.
Ofelia, la niña
de triste semblante,
espera con ansia
á aquel que una tarde
partió de su lado,
al pecho dejándole
amores que viven,
recuerdos que nacen.
Su faz hechicera
parece inquietarse;
espera al que adora,
espera abrazarle:
ser suya, en secreto,
juró en los altares,
por eso murmura
«¡no viene...! ¡y ya es tarde!»

* *

Allá en la colina
avanza ondulante
un bulto, una sombra
que ocultan los sauces:
mas ¡ay! que ya llega
y ráuda se abate;
¡es nube de polvo
que el viento deshace!
Se escuchan rumores
que tal vez presagien
la veloz carrera
de un bruto al escape:
Ofelia se agita;
su calma renace;
mas... ¡nada! es el viento
que azota los árboles.

* *

El sol ya declina
y empieza la tarde:
los cantos alegres
de esbeltos zagales
que bajan del monte
y cruzan el valle,
confusos se mezclan
con otros iguales,
que cantan los pájaros
y gimen los árboles.
En tanto, de Ofelia
el triste semblante

inundan las lágrimas
corriendo á raudales.
En torno dirige
miradas voraces
que abarcan á un tiempo
regiones distantes;
y solo á sus ojos
viene á reflejarse,
el sol que se hunde,
la sombra que nace;
y llora y murmura
«¡Dios mio, ya es tarde!»

* *

Y cuando la noche
con negros celajes
entolda el espacio
y oprime los valles
y aumentan los ecos
sus vagos contrastes,
que imitan á veces
misteriosos ayes,
plegarias que suben,
torrentes que caen,
Ofelia, la hermosa
de triste semblante,
la niña divina,
llorando sus males
se inclina hasta el suelo,
sus labios se abren,
y con un sollozo
dá su alma á los ángeles.
Y cantan los ecos
«¡ya es tarde! ¡muy tarde!»

* *

Entonces, muy lejos,
del fondo del valle
cada vez más ronco
se escucha acercarse
un rumor que crece.
Rompiendo jarales,
cual trueno que zumba
y estalla en el aire,
tendido en el cuello
de alazán pujante
que baña en espuma
los negros hijares,
y hundiendo hasta el cubo
el férreo acicate,
avanza un ginete:
es él, el amante
de la pobre Ofelia
que entre flores yace.
Hacia ella se inclina,
abrazo su talle
y besa su frente,
mas... besa un cadáver!
y un eco tristísimo
repite «¡ya es tarde!»

ANTONIO JIMENEZ VERDEJO.

NOTICIAS.

En la noche del lunes 29 falleció la señorita doña Luisa Hernandez Martinez Blanco. Dios la haya recogido en su seno y dé à su atribulada familia resignacion bastante para soportar tan dolorosa é irreparable pérdida.

El sábado último llegó à esta plaza en reemplazo del Sr. Sigüenza, el teniente coronel de artillería Sr. Pantoja y Portocarrero. Sea bien venido.

En la sesion ordinaria celebrada el dia 27 del corriente por nuestro ilustre ayuntamiento, se acordó admitir y se admitió en definitiva, la dimision presentada que los señores concejales D. Miguel Pereira y D. Pedro Gonzalez presentaron de sus respectivos cargos.

En breve se sacará à pública subasta el servicio del alumbrado y limpieza de la ciudad.

Hemos tenido la satisfaccion de saludar à nuestro apreciable amigo D. Andrés Calderon, beneficiado de la santa Iglesia Catedral de Salamanca, que se detendrá algun tiempo entre nosotros.

Ha llegado tambien à esta ciudad el Sr. D. Manuel Claudio Ortiz colaborador de «El Eco del Agueda.»

El Boletin oficial de primera enseñanza de la provincia, publica en su último número las vacantes de la escuela de niñas de Martiago, dotada con 350 pesetas anuales, la de Herguijuela con 450, la de Villarejo con 250 y la de Tenebron con 300.

El dia 29 pasó à mejor vida, la maestra de instruccion primaria jubilada D.^{na} Elena Martinez. Enviamos nuestro pésame à la familia.

Procedente de la isla de Cuba, ha llegado à la peninsula el comandante graduado capitán de infanteria D. Francisco Camarasa Casado.

Se ha encargado del juzgado municipal, nuestro querido amigo el director de esta revista.

Son notables las mejoras que en el local, decorado y mueblage del casino Mirobrigense piensa introducir el Sr. Salgado, à cuya ejecucion ha dado ya principio.

En breve publicaremos algunos primorosos trabajos de nuestros colaboradores, los distinguidos literatos Sres. Vargas-Machuca, Gimenez Verdejo, Gimenez-Campaña, Granés y Silva.

TIPOGRAFÍA DE ÀNGEL CUADRADO,
Plaza Mayor, 20.

ANUNCIOS.

MÁQUINAS PARA COSER de todos los sistemas. **AVISO** MÁQUINAS PARA COSER de todos los sistemas.

À TODAS LAS FAMILIAS Y ARTISTAS

QUE NECESITEN

MÁQUINAS PARA COSER

EN CIUDAD-RODRIGO.

En la calle de Talavera, núm. 1.º, las encontrarán à los mismos precios y con iguales condiciones que en Madrid, Barcelona y Sevilla. Se venden à plazos ó como mas acomode al comprador.

PRECIOS. Favorita, de cadeneta y mano à 200 rs.—Veloz, de idem 240 rs.—Nacional, de idem de doble respunte 320 rs.—Canadense, de idem 360.—Union y Brunonia, de idem. 400.—Progreso y Victoria, de idem 500.—Wilson y Silenciosa, de pie à 600, 700, 800, 900, 1000 rs.—Singer perfeccionadas con los últimos adelantos à 700 y 800 rs.

AL PÚBLICO. En el acreditado establecimiento de ÀNGEL CUADRADO, Plaza Mayor, núm. 20, se ha recibido, entre otras cosas, un escelente y bonito surtido en CROMOS de varias dimensiones. Así mismo TARJETAS DE FELICITACION en más de cien caprichos.

Además papel para cartas de lo más elegante. De hilo, de las mejores fábricas de Aragon, Cataluña, Valencia, Sardon y otras.



GRAN BARATO EN

RELOJERÍA.

GARANTIZADOS POR CUENTA DE LA FÁBRICA.

Se ha recibido un variado y escogido surtido en RELOJES de lo más selecto, tanto en los de sobre-mesa como en los de bolsillo, cuyas clases y precios son los siguientes:

De cuadro y sobre-mesa de última novedad, desde 80 à 400 rs.—De plata para caballero de 140 à 300 rs.—Cronómetros de idem de 400 à 600 rs.—De oro para idem de 700 à 1500 rs.—De idem con esmalte y sinel para señoras, de 600 à 800 rs.

Representante de fábrica en Ciudad-Rodrigo,
SALVADOR BAZAN, Talavera 1.º

Mercado de Ciudad-Rodrigo, 29 de Julio.—Trigo candeal, de 41 à 43 rs. fanega.—Idem barbilla, de 39 à 41 id.—Centeno, de 27 à 28 id.—Cebada, de 20 à 22 id.—Algarrobas, de 20 à 22 id.—Garbanzos, de 60 à 90 id.—Patatas, de 2 à 3 rs. arroba.—Aceite, de 62 à 64 rs. cántaro.—Harinas, de 1.º à 16 rs. y ½ arroba.—De 2.º à 16 id.—De 3.º à 15 id.—De 4.º à 10 id.—Menudillo à 6 id.

de ver su taciturnidad, su amor á la soledad, su génio soñador y melancólico, cualidades que por fuerza tenían que desarrollar rápidamente el silencio y la tristeza del palacio Heberghem.

Aquella mansion señorial, de paredes ennegrecidas por los siglos, de puntiagudos techos, coronados por veletas ruginosas, de altas y sonoras bóvedas, semejaba un inmenso sepulcro. Para llegar á su habitación Magno, necesitaba antes abrir una maciza puerta cuyos goznes llenos de orín chirriaban desagradablemente, subir, apoyándose en un pasamano de hierro que habia sido dorado en otro tiempo, una anchísima escalera de piedra guarnecida de tapices que amortiguaban el ruido de los pasos, atravesar grandes salones, que no recibían á través de los vidrios pintados de sus estrechas ventanas, sino una luz fantástica y pasar en fin por delante de los retratos de sus abuelos, que todas las noches le saludaban con la misma sonrisa, con la misma mirada, con el mismo ademán.

Algunos días antes de volver á Francfort, Magno habia enviado á Gottlieb para que le preparase algunas habitaciones. El buen hombre habia encontrado la casa tan llena de muebles, colgaduras y tapices, que se contentó con tomar de un lado y del otro lo que mejor le pareció, de manera que la alcoba, el despacho y el comedor de Magno quedaron amueblados con corta diferencia como lo estaban las demás habitaciones.

La cama del joven baron era uno de esos enormes muebles de la edad media, al cual no se podía subir sin el auxilio de unas gradillas, sostenido por cuatro gruesas columnas salomónicas y cubierto por los pesados pliegues de una tapicería que representaba personajes históricos de tamaño natural.

La estantería del despacho era de roble tallado y lleno de ángeles, demonios, endriagos y quimeras; la mesa también de roble, era un macizo tablero sostenido por cuatro piernas de sátiro. Un enorme tintero de bronce, obra de algún Cellini desconocido, pesaba sobre ella entre multitud de libros y objetos de arte.

En el comedor, se elevaban adosados á los muros, gigantescos aparadores con el blason de Heberghem, haciendo com-

pañía á una mesa suficientemente grande para que se sentaran á ella veinticinco ó treinta personas.

Magno habia hecho colocar en estas habitaciones algunos cuadros, pero por una singular eleccion, todos ellos aunque de insignes pintores, representaban los asuntos más austeros y sombríos. Allí no habia sino feroces bandidos de Salvator Rosa, amarillos y flacos mouges de Zurbaran, venerables ancianos de Rembrant, martirios de santos, paisajes desiertos, y conciliábulos de brujas.

Nada alegre, nada risueño, nada joven se veía en las habitaciones de Magno.

Si se asomaba á la ventana de la biblioteca, detenían bruscamente su mirada las altas tapias del parque que rodeaba el palacio, y hasta sus oídos no llegaban nunca esos mil rumores vibrantes, sonoros y llenos de vida que parten de una ciudad. Cuanto le rodeaba parecia una barrera insuperable levantada por la fatalidad entre él y la juventud. Los criados estaban vaciados en el molde del flemático Gottlieb, por que servían sin despegar los labios y andaban sin hacer ruido. Los perros no ladraban en sus perreras y los caballos permanecían en la cuadra sin relinchar jamás.

Fácilmente se deja conocer con cuánto ardor registraría Magno en aquella soledad la rica biblioteca que le habia dejado su padre. Todos los sistemas filosóficos conocidos se habian reunido allí como acudiendo á una cita. Mezclados y confundidos con los griegos y los orientales, estaban Descartes con sus *torbellinos*, Montaigne con sus dudas, Bacon con su sensualismo, Locke con su empiria, Malebranche con sus conceptos místicos, Leibnitz con sus *mónadas* y tras ellos toda la Alemania dogmática, soñadora, estética, escéptica y más que nada ecléctica.

Si alguna vez Magno cansado de la fraseología de Kant, del *yo* exclusivo de Fichte, del idealismo absoluto de Schelling y de la oscuridad de Hegel, estendía la mano hacia el estante para distraerse, solo encontraba libros muy poco á propósito para hacerle pensar que aun no habia cumplido veintiseis años.

Su abuelo, no había apretado los libros de filosofía, más que para dejar un sitio, entre Goethe y Schiller, á algunos poemas de la edad media, á ciertas narraciones fantásticas y á todas las obras de ciencias ocultas que pudo adquirir durante su vida.

De esta manera, el jóven baron de Heberghem, inclinado por carácter á lo maravilloso, á lo ideal, á lo desconocido, respiraba una atmósfera diez siglos más vieja que él y en medio de un silencio de muerte, vivía como sus mudos compañeros reconcentrado en sí mismo, frente á frente de sus dudas, de sus creencias, de sus sueños, desconociendo por completo el mundo real.

VII.

Cuando Gottlieb entró á advertirle que era ya más de media noche, Magno se frotó los ojos, estendió los brazos, bostezó dos ó tres veces lanzando un suspiro y se levantó para irse á acostar como lo hubiese hecho un niño á la voz de su madre.

Pero sus ojos tropezaron, por casualidad con los *Coloquios de Erasmo* que habían resbalado de sus rodillas al suelo. Parecióle que el forro de pergamino acabado de limpiar con tanto esmero, estaba otra vez cubierto de polvo y se bajó á recogerlos para cerciorarse de ello.

Entonces quedó atónito de asombro y por algunos instantes negóse á creer lo que veía. El pergamino que antes tenía un tinte amarillento sin otras manchas que las que resultan de esas asperezas naturales en todas las pieles, se había cubierto como por encanto de estraños caracteres rojizos. Pensó que sufría alguna alucinación de óptica y con gran sorpresa de

una butaca dejóse caer en ella cansado y soñoliento.

Al cabo de media hora acordóse de la compra que aquella mañana había hecho y tomó el libro de encima de la chimenea donde lo había dejado al entrar. Magno sabía que Erasmo había maltratado cruelmente al papa y á los frailes en sus *Coloquios*, y como buen luterano, vió en la lectura de aquella obra un medio de matar el tiempo agradablemente. No necesitaba tanto, para decidirse á hojear un libro apesar de lo avanzado de la hora.

Después de haber sacudido y frotado con el pañuelo la cubierta del libro del filósofo holandés, lo abrió y acercándose más al fuego, porque la única lámpara que alumbraba la habitación estaba colocada sobre la chimenea, comenzó á leer. Pero el cáustico y sutil talento de Erasmo no podía entretener largo rato á nuestro soñador. Antes de que hubieran transcurrido quince minutos, había cerrado ya el libro, colocándolo sobre sus rodillas y recostándose en el espaldar de la butaca, entornado otra vez los ojos para dejarse mecer por su imaginación.

A las doce en punto entró Gottlieb para avisarle que había dado la hora á que solía acostarse.

Gottlieb era un criado muy antiguo de la familia de Heberghem. Había seguido al padre de Magno en todas sus campañas y presenciado sus locuras, que tal vez más que las heridas habíanle causado la muerte, antes que su hijo tuviera edad para conocerle. En cuanto á la baronesa, había muerto al dar á luz al único heredero de los Heberghem.

Luego que Magno salió de la férula del ayo á quien se había confiado su primera educación, Gottlieb marchó con él á la universidad. Allí esperó con la paciencia de un alemán, es decir fumando en pipa y bebiendo cerveza, á que su jóven amo estuviese bien atiborrado de filosofía, supiera defender ó impugnar una tesis, dar y parar una estocada de recurso y cumpliera venticinco años para entrar en posesión de su fortuna. Durante todo este tiempo no se ocupó gran cosa del carácter y costumbres de Magno, pero cuando volvieron á Francfort echó